

Prólogo

El autor debería morirse después de haber escrito su obra. Para allanarle el camino al texto.

Umberto Eco

Este libro no recoge, ni mucho menos, todos los agujeros negros que existen en la Tierra, que bien seguro son muchísimos más, incontables —sobre todo si se consideran como sumideros definitivos también a las personas cuya voracidad psicológica ha servido de base para la construcción de la leyenda del vampiro—. Aquí he ido recuperando la memoria de algunos lugares que me han ido impresionando, no tanto por su belleza como por su extraña mezcla de atracción y de amenaza. Esa es una característica esencial de lo que es un agujero negro: su poder de absorción, de ineludible magnetismo, es decir, su condición de camino hacia la completa perdición. El canto legendario de las sirenas en el libro de Homero, que fue sorteado por Ulises obligando a sus marineros a atarlo al palo de la nave y a anular su capacidad de audición —la de los marineros— taponando sus oídos con cera, viene a representar de forma distinta, pero al mismo tiempo idéntica en lo sustancial, ese campo de seducción de imposible soslayamiento, y que está abocado a la desaparición final. Y digo desaparición y no muerte porque no puede certificarse lo segundo, y porque hay algo aún más definitivo que la muerte, mucho más terrible que ella: estar atrapado y perdido más allá de lo

que pueda saberse, más allá, por tanto, de lo que se conoce como “horizonte de sucesos”, en un estado sin retorno posible —como en el caso de la muerte—, pero con la maldición de la indeterminación, fuera del tiempo y de la memoria y de la historia.

Todo agujero negro va asociado a su propio horizonte de sucesos. Lo que cae dentro de ese horizonte es fatalmente devorado por el agujero. Lo que cae por fuera de esta línea cuatridimensional huye despavorido ante la amenaza, si bien con la duda suicida dentro de sí respecto al valor real que se encuentra al otro lado, duda que surge de la constatación de su absoluta, omnipotente capacidad de seducción, como si allí estuviese depositado el elixir de la Belleza y del Amor, y no el de la Muerte.

Es fascinante el concepto mismo de agujero negro, con todas sus connotaciones espaciotemporales y metafísicas. Así, se puede leer en Wikipedia:

“Un agujero negro es una región finita del espacio en cuyo interior existe una concentración de masa lo suficientemente elevada como para generar un campo gravitatorio tal que ninguna partícula material, ni siquiera la luz, puede escapar de ella”.

“En palabras más simples, un agujero negro es el resultado final de la acción de la gravedad extrema llevada hasta el límite posible. La misma gravedad que mantiene a la estrella estable, la empieza a comprimir hasta el punto de que los átomos comienzan a aplastarse. Los electrones en órbita se acercan cada vez más al núcleo atómico y acaban fusionándose con los protones, formando más neutrones. El resultado final es una estrella de neutrones”.

“En relatividad general, el horizonte de sucesos se refiere a una hiper superficie frontera del espacio-tiempo, tal

que los eventos a un lado de ella no pueden afectar a un observador situado al otro lado”.

En verdad que la Física cuántica nos ha proporcionado varias hipótesis revolucionarias con las que lidiar frente al rumbo misterioso que lleva nuestro mundo, no sólo en el ámbito científico puramente dicho, sino también en el ontológico, y por ende en el literario. La misma teoría de la repercusión de la velocidad en el tamaño o la masa de la materia, que provoca su disminución a medida que la velocidad aumenta, llegando el cuerpo a desaparecer cuando se alcanza la velocidad de la luz, contiene la semilla —siempre lo he pensado— de toda la tradición de la existencia de los espíritus y de los fantasmas, puesto que la materia, la masa, que supera ese hito de la velocidad de la luz —parece ser que eso es posible, aunque nos resulte difícil de imaginar—, obviamente, según la Física cuántica, se convierte en antimateria, es decir, en puro fantasma. Y las connotaciones que los agujeros negros y sus correspondientes horizontes de sucesos tienen en nuestra concepción de la vida, de la existencia en el mundo, de la experiencia de la muerte y de la desmemoria, del más allá inalcanzable para los seres humanos —al fin y al cabo, tan sólo los dioses acceden al Olimpo—, incluso de la posibilidad de que en algunos de ellos pueda abrirse un denominado agujero de gusano que permita desplazamientos en el espacio-tiempo, rompiendo nuestra preconcebida idea del avance lineal del tiempo hacia la muerte, han tenido a la fuerza que provocar un auténtico seísmo en nuestra forma de aprehender nuestro entorno, e incluso deberían haber modificado para siempre la misma literatura. De hecho, sin los avances producidos en el terreno de la Física molecular sería impensable que un escritor hubiese dado a luz una trilogía como la que de-

bemos al genio de Samuel Beckett con su *Molloy*, *Malone muere* y *El innombrable*.

Si bien los agujeros negros son muy persistentes, alguno puede llegar a desaparecer, sobre todo si se trata de un agujero de los considerados menores, de pequeño tamaño. El más pequeño que se ha encontrado es el llamado J1650, descubierto en la constelación de Ara de nuestra Vía Láctea en 2008 por un equipo coordinado por Nikolai Saposhnikov y Lev Titarchik. Este agujero tiene una masa equivalente a 3,8 soles, y su diámetro es de tan sólo 24 kilómetros.

Pero los agujeros negros que han sido recogidos en este volumen son de otro tipo. Son agujeros negros espirituales, autobiográficos, vampíricos, concentraciones de maldad, de devastación personal, de soledad llevada al límite. Al igual que los otros, también puede desaparecer, en algún contado caso, un agujero negro en la Tierra. Es el caso, por ejemplo, de uno que se ubicaba en Barcelona junto a la estación de Francia, al borde del parque de la Ciudadela y del Borne. Su vibración había llegado a tal intensidad cuando lo conocí que, un tiempo después, cuando fui a visitarlo para incorporarlo a este libro —quería fotografiarlo desde la distancia, desde el exterior—, había implosionado y desaparecido. Hace veinte años se conocía como Hostal Santa Marta. Aunque ahora hay otro establecimiento hostelero con el mismo nombre y en la misma ubicación, nada tiene que ver con el que se configuró como agujero negro. Una noche allí nos bastó para catalogarlo. La suciedad estaba presente en las sábanas, marcadas por huellas recientes del sexo de pago. Los pasillos, oscuros y deprimentes, eran transitados por hombres duros con enormes bigotes y bultos de pistola en el sobaco. Mirada asesina, de desprecio por la vida humana. Chinchas y cucarachas habitaban los

compartimentos sin pasar por recepción. Las mujeres, desaliñadas, estropeadas por su sobrededicación a las prácticas más depravadas que les eran exigidas, encarnaban entes pálidos y exangües en los que se marcaban los huesos en cualquier lugar donde la piel estuviese a la vista. La muerte era la invitada principal en aquel carnaval de la depauperación. Jamás olvidaremos, los que allí pernoctamos aquella noche —es decir, mi familia, en un tránsito en la ciudad hacia otro destino— la sensación de miedo frío y de repugnancia que el cuadro nos ocasionó—. Y sin embargo... no nos fuimos, pasamos la noche allí con el corazón encogido, pero al mismo tiempo hipnotizados por el poder del Mal y la succión de la Muerte con mayúsculas. Tal vez en este caso la repulsión ganaba en muchos enteros a cualquier tendencia subyugante, pero aun así fue un impacto muy intenso —comprendimos que se puede estar muy cerca de la perdición con sólo cambiar de calle y entrar en un hostel— que la mera idea de que aquello fuese fácil y pudiese suceder nos anonadó; al menos a mí.

He incorporado, pues, a este libro los doce principales agujeros negros que yo he experimentado. Los recojo desde la memoria personal, e incorporo algunas fotografías para ilustrar el texto. Como soy supersticioso me he limitado al número doce, aunque sé perfectamente que la casilla siguiente tiene nombre y conozco su forma, que será perpetua. Porque sí, el último agujero negro no puede ser más que el hoyo que espera al final del camino, y que se cerrará sobre mí para siempre.

Palma, enero a diciembre de 2021